

siempre todo aquello que podría, aunque por poco, separarme ó alejarme de mi divino Salvador.

PETICION Y COLOQUIO.

Apartad y alejad de mi ¡oh Jesús! estos ladrones, estos asesinos, estos enemigos de mi salud, que no respiran otra cosa ni otra cosa desean que mi perdición. Defendedme de sus emboscadas y de sus violencias, conservadme con vos y cerca de vos: finalmente, sea yo enteramente y para siempre vuestro. Amen.

MEDITACION CLXXXVI.

FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO, DESPUES DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

San Juan, esp. X, v. 11, 18.

JESÚS ES EL BUEN PASTOR.

Bajo la alegoría de un buen pastor anuncia Jesús á los judíos los misterios de su muerte, de su resurrección y de su Iglesia. Para entrar bien en el sentido de esta parábola, debemos observar la semejanza y la diferencia que se hallan entre un buen pastor en el sentido material y Jesucristo pastor de nuestras almas. Por esto, consideremos primero, cuál es la generosidad; segundo, cuáles son los conocimientos; tercero, cuál es el amor del buen pastor.

PUNTO I.

Lo primero. Da la vida por sus ovejas. "Yo soy el buen Pastor: el buen Pastor da la vida por sus ovejas..." El buen Pastor en el sentido material, da su vida; esto es, por defensa de sus ovejas se expone á veces á riesgo de perder la vida; pero en el mismo exponerse al peligro se defiende lo que puede. No lo hace así Jesús: por salvar á sus ovejas, se expone á una muerte cierta, á la ignominia y á los mas crueles suplicios. El solo es el buen Pastor por excelencia y da verdaderamente su vida por sus ovejas.

Lo segundo. Defiende sus ovejas del lobo. Pero el mercenario y aquel que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir el lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebatada y esparca las ovejas... He aquí la diferencia que hay entre el buen pastor y el mercenario. Pero cuánto es aun mayor la diferencia que se halla entre este pastor y el divino Pastor de nuestras almas! El pastor libra sus ovejas de

una muerte temporal; pero Jesucristo nos libra de una muerte eterna, nos libra del furor del demonio que nos arrastra al infierno y borra en nosotros el pecado, á que se habría seguido un suplicio eterno. ¿Qué vendrían á ser los hombres sin vos? y qué vendría á ser yo mismo, ¡oh divino Pastor! si no hubiérais dado por mí la vida? ¿cuál hubiera sido mi suerte en la eternidad? Vendría á ser presa del demonio y el infierno hubiera sido mi habitación eterna.—Esto no basta aun: el pastor preservando sus ovejas del lobo, no las libra de una próxima muerte sino para conservarlas á una muerte segura; pero Jesucristo muriendo por nosotros, no solo nos libra de una muerte eterna, sino que tambien nos procura una vida eterna y nos hace dignos del cielo. ¡Oh Dios, qué extremos! ¡el infierno ó el cielo! ¿Y cuál medio? La muerte de Jesucristo, la cual nos libra del uno y nos hace obtener el otro... ¡Oh muerte, oh beneficio! puedo yo asistir á la memoria que cada día se renueva de ella sobre nuestros altares, sin quedar penetrado de la mas tierna y mas generosa gratitud?... Fuera de esto: el pastor salva sus ovejas por su propia utilidad, mas no lo hacéis así vos, generoso pastor. Vos no os alimentáis de la carne de vuestras ovejas, sino por el contrario, vuestras ovejas se alimentan de la vuestra. ¿Qué misterio! ¿qué profundidad! ¿qué caridad!

Lo tercero. Tiene cuidado de sus ovejas como de cosa suya propia. "El mercenario huye porque es mercenario y no se cuida de las ovejas..." El mercenario es un siervo asalariado de quien no son propias las ovejas. El pastor es el Hijo del Señor y heredero de su casa. Un mercenario que conduce el rebaño no irá ciertamente á exponer su vida por las ovejas que nada le importan. No hay otro que el pastor, no hay otro que su Hijo que sea capaz de una tal generosidad, porque son suyas propias las ovejas. ¡Oh cuánto mas pertenecemos nosotros á Jesucristo de lo que pertenece un rebaño á su señor! Como Dios nos ha criado, como hombre, Dios su Padre, lo ha constituido heredero universal de todos sus bienes; le ha dado los ángeles y los hombres; y ha puesto debajo de sí toda la naturaleza. Nosotros somos suyos, somos sus ovejas; él es nuestro Señor, es nuestro pastor y nuestro buen pastor que por nosotros da su vida. Y ¡oh cuánto mas le pertenecemos después que el lobo le ha dado por nosotros y nos ha rescatado con su muerte! ¿Quién podrá comprender jamás la fuerza y la dulzura de este título? ¿Quién podrá decir jamás qué amor pida de nosotros? ¿Qué sumisión, qué confianza, qué ternura no le debemos: El ha muerto por nosotros porque éramos suyos: cuánto mas seremos suyos después que ha muerto por nosotros? No hay título de propiedad ni mas grande, ni mas noble, ni mas tierno.

PUNTO II.

DE LOS CONOCIMIENTOS DEL BUEN PASTOR.

Lo primero. Conoce sus ovejas. "Yo soy el buen pastor y conozco las ovejas mías..." ¿Qué conocimiento tiene Jesucristo de nosotros? El bien y el mal que hay en nosotros, nuestras infidelidades y los esfuerzos que hacemos para agradecerla. No se le oculta alguna de nuestras acciones ni alguno de nuestros pensamientos. ¡Oh y cuánto nos debe hacer esta reflexión! ¡cuánto nos debe animar y consolar!

Lo segundo. Se da á conocer á sus ovejas. "Conozco mis ovejas y las mías me conocen, como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por mis ovejas..." La relación que hay entre Jesús y nosotros tiene por modelo la relación que hay entre su Padre y él. Su Padre lo conoce y él conoce á su Padre; así Jesús nos conoce á nosotros y nosotros lo conocemos á él. ¡Oh y cuán nobles son estas ideas! ¡Cuán grande y sublime es la religión cristiana! Como el Padre se manifiesta al Hijo, así el Hijo se descubre á nosotros. "Las almas fieles lo conocen, conocen su grandezza y su amor, conocen sus preceptos y sus ejemplos, sus deseos y sus inclinaciones y se uniforman á él. Crecen cada día en este conocimiento y cada día crecen en su amor." Soy yo de este número? Las ovejas conocen su pastor: "Ay de mí! ¡cuánto tiene de que confundirme el instinto de estos animales! ¡Estos conocen á su pastor y yo no conozco al mío!"

Lo tercero. Conoce la manera de aumentar el rebaño. "Y tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es necesario que yo las traiga, y escucharán mi voz, y será hecho un solo aprisco, y un pastor..." El pastor que quiere aumentar su rebaño, no es aun dueño y señor de las ovejas que tiene designios é intencion de adquirir, y no las conoce aun. Solo Jesús puede decir: "Tengo otras ovejas, las que es necesario que yo junte..." Hablaba de los gentiles, hablaba de nosotros; nosotros ya lo perteneciamos y ya nos conocia, pero estábamos bien lejos de no conocerlo y de entender su voz. Su palabra se ha verificada; nosotros vemos su cumplimiento. Vamos la Iglesia esparcida en todo el universo, formar un solo cuerpo debajo de una cabeza invisible que está en los cielos, y bajo una cabeza visible que está en la tierra, sucesor legítimo de san Pedro, dejado por Jesucristo á su Iglesia en esta calidad, el cual confirió el primero el bautismo á los gentiles. ¿Dónde, pues, se haya hoy un pastor que sea como yo, que sea como yo?

en día en las sectas separadas de la Iglesia esta unidad de rebaño y de cabeza? Si para ellas es Jesucristo el único pastor, ¿por qué tienen otros sobre la tierra? Y ya que no pueden estar sin otros pastores, ¿dónde está para ellos sobre la tierra el punto de reunion, el centro de la unidad, el vicario de Jesucristo, el sucesor de san Pedro? ¿es posible que no puedan ver por solo este carácter, que no es ya una Iglesia reformada la que han hecho, sino una porcion de la Iglesia que han separado, una manada que han cortado, un pueblo que se ha retirado y que ya no se halla en la unidad del rebaño, ni bajo la unidad de los pastores?

PUNTO III.

DEL AMOR DEL BUEN PASTOR.

Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida por volverla á tomar. Ninguno me la quita, sino que yo la pongo por mí mismo y tengo potestad para ponerla, y tengo potestad para volverla á tomar; este mandamiento he recibido de mi Padre... Aquí cesa toda comparación entre Jesucristo y un pastor. El amor consumado en la cruz llegó á su colmo y á un punto que no puede tener ejemplo en las criaturas. Un padre no puede mandar á un hijo suyo morir por su rebaño; estimaría mas perder el rebaño que salvarlo á costa de un hijo amado. No hay otro que Dios que pueda dar una tal orden á su hijo, porque hay un Dios solo que dando á su Hijo este primer mandamiento, esto es, el de morir, pueda darle el segundo, esto es, de resucitar. ¡Ah! penetremos en cuanto nos sea posible este misterio de amor; reconociendo en él nuestra felicidad y nuestras obligaciones.

Lo primero. Del amor de Dios Padre para con su Hijo y para con nosotros. En los designios de Dios no podiamos nosotros ser reconocidos con el fin que quedase satisfecha su justicia, y para satisfacerla plenamente, ha querido que su Hijo muriese de una muerte infame y cruel. El dió para esto la orden expresa, se la ha intimado y ama á su Hijo, porque este Hijo obediente y sumiso, ha ejecutado puntualmente la orden tan rigurosa. Pero ordenándole dar su vida, le ordena volverla á tomar. Sin esto no habria sabiduría en el orden, y la obediencia del Hijo quedaria sin recompensa. La gloriosa resurrección del Hijo en nada disminuye el mérito de sus sufrimientos y pasión, sino hace que no queden perdidos para él. Hace que aquel que realmente ha muerto por obedecer á su Padre y por salvarnos, esté en estado de gozar del amor de su Padre y tenga el derecho de exigir el nuestro. ¡Ah! ¡qué misterio! ¡qué caridad! Dios ordena á su Hijo que muera por nosotros! ¡Y podemos

1. Act. c. X. vers. 45 y 46.

nosotros tener un corazón y no quedar arrebatados de admiración y encendidos de amor?

Lo segundo. *Del amor de Dios Hijo para con su Padre y para con nosotros.* No obedeció Jesucristo a su Padre por fuerza, sino por amor. Entró en todos los sentimientos y en todas las voluntades de su Padre; conoció en ellos la equidad, la sabiduría, la caridad inmensa. . . . "Como el Padre me conoce á mi y yo conozco al Padre, y doy mi vida por mis ovejas. . . ." Como nos ha amado su Padre, él nos ha amado; como su Padre ha querido que muriese por nosotros, él por nosotros ha querido morir: esta muerte por su parte ha sido perfectamente voluntaria y puro efecto de su amor. Ninguna cosa podía contra él la potencia de sus enemigos, la malicia de los demonios, la crueldad de los verdugos: dueño de dejar la vida y de volverla á tomar otra vez, ha sido condenado á la muerte por nuestros pecados y ha resucitado para nuestra justificación; esto es, la muerte que ha padecido obra en nosotros y significa la muerte del pecado, por el que él ha satisfecho, y la vida que ha vuelto á tomar obra en nosotros y significa la vida de la gracia, de la reconciliación con Dios, y de la justificación en que nos ha restablecido. Jesucristo se ha dado todo enteramente á nosotros; su vida, su muerte, su resurrección y su gloria, todo es para nosotros. ¿Por qué, pues, no es todo suyo nuestro corazón: ¿por qué no es suyo todo lo que nosotros somos?

Lo tercero. *Amor que debemos al Padre y á Jesucristo su Hijo.* Nosotros debemos amor por amor, vida por vida. Si somos fieles á cumplir esta obligación, tendremos el amor del Padre y la resurrección y la gloria del Hijo. A nosotros mira como miembros de Jesucristo el duplicado precepto de morir y de resucitar; Dios nos lo impone, y en cumplirlo está nuestra felicidad. Muere el ciudadano por su príncipe y por su patria, muere el hombre por necesidad, de naturaleza y en pena del pecado; pero si muriendo así no morimos al mismo tiempo por Dios, por obedecerle y en unión con la muerte de Jesucristo, la muerte para nosotros es una pura pérdida y nos priva de poder con ella gustar la gloria y recibir la recompensa; ma la muerte en Jesucristo es un esfuerzo de amor, cuyo fruto todo entero lo gozaremos nosotros en una vida eterna.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

"Oh buen pastor que habeis querido morir por nosotros! ¿Qué otra cosa puedo yo desear sobre la tierra, sino la gloria y la felicidad de morir por vos, á fin de reinar eternamente con vos? Amen.

"Señor, yo he deseado que me enseñaras á amar á mi Padre y á mi Hijo, y á amar á mi mismo como me amo á mí mismo. . . ."

MEDITACION CLXXXVII.

DE LA DISENSION OCASIONADA ENTRE LOS JUDIOS POR EL DISCURSO PRECEDENTE.

San Juan, c. X, v. 19, 21.

DE TRES ESTADOS DE LUZ EN ORDEN A LOS MISTERIOS DE JESUCRISTO.

Primer estado el de los judíos al tiempo del Salvador; segundo estado, el de los cristianos en este mundo; tercer estado, el de los justos en el cielo.

PUNTO I.

PRIMER ESTADO, EL DE LOS JUDÍOS AL TIEMPO DEL SALVADOR.

El primer estado es aquel en que se hallaban los judíos cuando el Salvador les hablaba. El grado de luz que recibían era aun débil y rodeado de nubes. Pero no obstante la oscuridad esparsida en los discursos del Salvador, si sus razones hubieran sido dóciles y hubieran estado bien dispuestos, fácilmente se hubieran reunido en la misma fe, y Jesucristo hubiera sido reconocido de todo el mundo por Hijo de Dios, por el Mesías, por el Salvador de los hombres; pero las pasiones no permitían jamás esta uniformidad de sentimientos. Hubo disension y division entre los judíos con la ocasion de la sanidad obrada en el ciego de nacimiento. . . . "Nació nuevamente disension entre los judíos por estos discursos. . . ."

Primero. *Los unos desecharon la luz.* Ciegos de sus prejuicios y de sus pasiones, nada entendieron de este discurso ni sacaron de él cosa alguna. Si á lo menos se hubieran quedado en silencio, habrían sido en algun modo excusables; pero la pasion no vive tranquila; ella calumnia, ella está en continuo movimiento. Los mas ciegos son los primeros á decidir, y á pretender iluminar á los otros. . . . "Muchos de ellos decían: él es un endemoniado y ha perdido el juicio; ¿por qué lo ois: . . ." He aquí cómo os han tratado los hombres, oh Salvador mio! en el tiempo mismo, en que los instruí sobre el exceso de vuestro amor y sobre la felicidad que estabais resuelto á procurarme.

Segundo. *Otros vieron la luz.* "Otros decían: estas palabras no son de endemoniado. . . ." Bien que estos no comprendiesen todo el sentido del discurso del Salvador, no dejaban de descubrir en él alguna cosa de grande y de resplandeciente que estaba bien lejos de ser el lenguaje de un endemoniado y de un insensato. Tuvie-

ron valor de decirlo en alta voz y sostener la causa de Jesucristo, oponiendo su sentimiento al de sus enemigos. Una reflexion tan sabia debia destruir la calumnia y contener sus funestos efectos.

Tercero. *Algunos finalmente han recurrido á otra luz.* "¿Puede por ventura el demonio abrir los ojos á los ciegos: . . ." No comprendian estos en verdad el discurso de Jesús; pero al fin allí se hallaba el ciego de nacimiento; su sanidad justificaba este discurso y le quitaba suficiente potencia á la oscuridad. No, decían estos, un endemoniado no da la vista á los ciegos, y el demonio no puede comunicar un tal poder. Apoyados sobre la evidencia del milagro y contentos con la luz que en él hallaban, esperaban el tiempo para que se aclarase, y esperándolo, creían en aquel que hablaba con tanta majestad y dulzura y que al mismo tiempo obraba tan grandes prodigios. Como, pues, no se rindieron los primeros á un razonamiento tan simple, á una prueba tan sensible? Con todo, sucedió lo contrario.

Los primeros estaban privados de toda razon y oponian solo absurdos; pero armados de calumnia y sostenidos de la cabala, triunfaron finalmente por abuso de la pública autoridad; debia Jesús quedar debajo y así cumplió el sentido de sus divinas palabras; pero vino después el tiempo que triunfó, y resucitando hizo triunfar la verdad, que desechada de los judíos, fué recibida en todo el mundo. ¡Ah! seas bendito, oh divino Jesús! por haber guiado así todas las cosas á su fin, para gloria de vuestro Padre y para nuestro salvación.

PUNTO II.

SEGUNDO ESTADO, EL DE LOS CRISTIANOS EN ESTE MUNDO.

El segundo estado, ó sea el segundo grado de luz, es aquel en que estuvieron los judíos al tiempo de la predicación de los apóstoles y en que estamos actualmente nosotros mismos. Este grado, infinitamente más perfecto que el primero, nos ha explicado todo el sentido de la parábola. No obstante esto, el mismo cisma que se suscitó entre los judíos se halla aun entre nosotros.

Primero. *Los unos desechan la luz, y porque nada comprenden no quieren creer cosa alguna.* Un Dios hecho hombre, Hijo de Dios, muerto por nuestros pecados, todo esto les repugna, y sin más oxamen lo tratan de necedad, y blasfeman lo que ignoran.

Segundo. *Otros ven la luz.* Sin comprender toda la sustancia de estos inefables misterios, descubren en ellos tanta grandeza, majestad, orden y sabiduría, que reconocen fácilmente en

ellos la obra de Dios, y esto es lo que nos sucederá á nosotros mismos á la medida que los meditemos con atencion, con fe y con pureza de corazón.

Tercero. *Otras finalmente han recurrido á otra luz; á la luz exterior que rodea los misterios; á los milagros y á las profecías que los distinguen y que nos aseguran su verdad. . . .* Este es el apoyo de nuestra fe á que nosotros mismos debemos recurrir con frecuencia, principalmente en las tentaciones contra la fe. Si no comprendemos los misterios de la religion, esto no es cosa que sorprende; tampoco comprendemos los misterios de la naturaleza. Pero la historia de los prodigios que han acompañado la predicacion de estos misterios, esta historia recibida de todas las naciones y de ellas enviada á la posteridad, ¿puede por ventura ser una fábula? Las profecías que han anunciado al Mesías y su reino, ¿no se han cumplido? ¿no veo acaso con mis ojos plantado el cristianismo en todos los lugares? ¿no veo este rebanito único sobre la tierra, compuesto de todas las naciones y reunido bajo la autoridad de una sola cabeza? ¿no lo veo por ventura subsistente en la misma forma, ya ha mas de mil ochocientos años después que fué anunciado con esta parábola? . . . ¿y podrá todavía dudar de la verdad de los misterios que el cristianismo anuncia? No; no hay otra cosa que la necedad, la obstinacion y el pecado que puedan inducir á cerrar los ojos al resplandor de una luz tan viva. Con todo eso, bien que sea tan sensible la luz demostrada de la religion de Jesucristo, bien que á esta solo se pueda oponer la estulticia y la absurdidad, triunfarán las pasiones.

Lo sucederá al mundo entero lo que sucedió entre los judíos y entre muchos pueblos que han perdido ya la fe. . . . Se unirá la calumnia, la cabala y la autoridad para perdir á los justos y á aquellos cristianos creyentes que quedarán sobre la tierra. Pero como la resurreccion de Jesucristo hizo triunfar la verdad, la resurreccion general la manifestará y la pondrá en todos sus derechos, con esta diferencia, que después de la resurreccion del Salvador la verdad ha ejercitado solo un imperio de dulzura y de libertad; pero después de la resurreccion general ejercerá un imperio de necesidad, que será el castigo de los unos y la recompensa de los otros. ¡Ah! ¡bienaventurados entonces aquellos que habrán creído! ¡bienaventurados aquellos que habrán combatido por la fe, que habrán sufrido y que habrán muerto por ella!

PUNTO III.

TERCER ESTADO DE LOS JUSTOS EN EL CIELO.

El tercer estado, ó sea el tercer grado de luz, es aquel que se halla en el cielo. . . . Allí ya no habrá jamás sombra, no habrá oscuridad, no habrá jamás fe. Estará el bienaventurado en aquella luz por la cual el Padre conoce al Hijo y el Hijo conoce al Padre. Vivirá de aquel amor con que el Padre ama al Hijo, porque se ha sacrificado por nosotros. ¡Oh qué amor del Padre! ¡qué amor del Hijo! ¡qué amor de todos los justos que se han salvado por el amor del Padre y del Hijo! ¡Oh amor! ¡oh Espíritu Santo, amor consustancial del Padre y del Hijo! Espíritu que animaréis todos los sentidos de los bienaventurados, que inflamaréis todos sus corazones y hareis de ellos uno solo con Dios mismo. ¡Ah! dadme una centella de aquel sagrado fuego que me haga aspirar siempre hácia aquel lugar de paz, donde no amaré otra cosa que aquel que ha muerto por mí! Sois verdaderamente felices; ¡oh almas que ya gustais este amor y correspondéis á él! Miserales de vosotros, ¡oh pecadores que no os aprovechais de un tan grande amor y que lo despreciáis! ¡Ay de mí! ¡a qué castigos, á qué tormentos os expone vuestra ingratitude y vuestra obstinación!

Seáis bendito, ¡oh Jesús! por toda la ternura, por toda la predilección de vuestro sagrado corazón, particularmente para mí que soy tan poco digno de vuestras misericordias. ¡No permitáis que yo abuse de ellas ni que deje de corresponder á vuestro amor! ¡Sostenedme, ¡oh buen pastor! defendedme contra vuestros enemigos que son ciertamente los míos, y conducidme á los pastos eternos de la tierra de los vivientes. Amén.

MEDITACION CLXXXVIII.

JESUS COME EN CASA DE UN FARISEO, DONDE SANA UN HIDROPICO.

S. Lucas, c. XIV, v. 1, 14.

Jesucristo nos ofrece aquí, ó sea en sus ejemplos ó sea en sus discursos, los mas sublimes caracteres: primero, de la caridad; segundo, de la humildad; tercero, de la liberalidad.

PUNTO I.

DE LA CARIDAD.

Primero. *La caridad es complaciente é industriosa.* "Y sucedió que habiendo entrado Je-

sús un sábado en la casa de uno de los principales fariseos á comer pan, ellos le estaban acechando. . . ." Habiendo Jesucristo dejado á Jerusalen, aquella ciudad indigna de sus cuidados, y próxima á hacerse culpable de su sangre, le suministró la Galilea un asilo por mas de dos meses, que destinaba aun á la instrucción de los pueblos, y principalmente á la de sus apóstoles. Aquí fue convidado un día de sábado á comer en casa de un fariseo, de los mas distinguidos de su secta, cabeza ó príncipe de los fariseos espaciados en aquel contorno. El número de los convidados era grande, y Jesús tuvo la tierna complacencia de asistir allí con intención de aprovecharse de la coyuntura para edificar, instruir y convencer, y aun si fuese posible para guiar á la verdad aquellos con quienes habia de comer. Pero ellos tenían ideas bien diferentes. Bien que no estuviesen tan enardecidos contra Jesucristo como los de Jerusalen, se habían unido en este convite con intención de observarlo, de examinarlo y de ver si encontraban en él de qué responderlo. ¡Ah! tenemos nosotros los ojos sobre Jesucristo para admirar sus virtudes, para aprovecharnos de sus instrucciones y para imitar su ejemplo.

Segundo. *La caridad es presente y compasiva.* So hallaba Jesús en compañía de los convidados antes que se preparase la comida en la mesa. . . . "Y he aquí que un cierto hombre hidrópico estaba delante de él. . . ." Este hombre no pidió su sanidad. La caridad de Jesús previno su petición. Pero habia allí otros enfermos que su compasión queria disponer á la sanidad, bien que su enfermedad, que procedía solamente de su malignidad, no mereciese alguna atención. Eran fariseos y escribas dispuestos á escandalizarse de una buena obra hecha en el día de sábado. Jesucristo, pues, para disipar sus prejuicios y empuñarlos á reflexionar sobre lo que tan frecuentemente hacia la materia de su escándalo. . . . "dijo á los doctores de la ley y á los fariseos: 'Es licito sanar en sábado. . . .'"

¿Cómo es posible que se necesitase hacer una tal pregunta á los doctores de la ley, si es permitido hacer bien, obrar un milagro, pronunciar una palabra para sanar un enfermo el día de sábado? ¡Ah! al pueblo grosero habria fácilmente decidido; pero la ciencia unida al orgullo, no sirve sino de cegar y hacer encontrar dificultad donde, jamás la hubo y poner dudas sobre la misma; evidencia. Tal es el origen de tantas cuestiones absurdas, á las cuales nuestros doctos impíos encuentran insuperables dificultades. . . . A la pregunta del Salvador nada respondieron los doctores judíos. . . . "Pero ellos callaron. . . ." Osea que no hayan sabido, ó sea que no se hayan atrevido, ó sea que no hayan querido responder, este silencio indica una grande ignorancia, una obstinada ceguedad ó una vil flaqueza, ó incluye antes bien una indecible perfidia, malignidad

y enormidad. El silencio es bueno ó malo, según los principios de que procede. Examinemos delante de Dios cuál es el motivo del que nosotros observamos en tantas ocasiones.

Tercero. *La caridad es firme y eficaz.* "Y él tocándolo lo sanó y lo envió. . . ." El silencio de los fariseos y toda la malignidad que cubria no detuvo el curso á la caridad de Jesucristo. Cogió al hidrópico por la mano, lo sanó y lo volvió á enviar á su casa. La caridad no espera para obrar la aprobación de todo el mundo; ella tiene los miramientos convenientes; pero sabe después ser superior al respeto humano y despreciar una injusta censura.

Cuarto. *La caridad se justifica á despecho de los que la critican.* "Y los respondió y dijo: '¿quién de vosotros, si se le ha caído el asno ó el buey en el pozo, no lo saca luego fuera en día de sábado? y no pedirían replicarle á tales cosas. . . .'" A esta oposición simple y familiar de su conducta, no supieron los doctores qué responder y quedaron tambien reducidos al silencio; de esta manera ciertamente lo serán siempre los censores de la caridad, confrontando su critica con sus propias acciones. Consuran la dulzura y la indulgencia que se usa para con los otros; y que indulgencia no tienen ellos para sí mismos? Critican el gasto cuando se trata de buenas obras, y nada dirian si este gasto se hiciese en el juego y para los placeres. Hallan exceso en el ejercicio del celo y en los rigores de la penitencia, y no lo encuentran cuando se trata de procurarse un interés temporal ó de saciar sus pasiones.

PUNTO II.

DE LA HUMILDAD.

Lo primero. *La humildad debe regular nuestro exterior.* Llegado el tiempo de ponerse á la mesa, los puestos mas honoríficos fueron ocupados con tanta diligencia, que demostraba bien hasta qué punto llegaba el orgullo de los escribas y de los fariseos. A este propósito cuando estuvieren en sus lugares. . . . "observando tambien cómo los convidados escogian los primeros asientos, les propuso una parábola y dijo: cuando fueres convidado á las bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas digno que tú, y viniendo aquel que te ha convidado á tí y á él, te diga: 'a éste el lugar, y entonces comienzas á estar con vergüenza en el último lugar; mas cuando fueres llamado vé y sientate en el último lugar, para que viniendo el que te convidó, te diga: 'amigo, sube mas arriba: entonces serás honrado delante de los que estuvieron contigo á la mesa; porque todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. . . .'"

Apliquemos esta parábola por lo que toca á todo nuestro exterior. Examinemos si hacemos lo que está prescrito, si nuestra manera de obrar, si el modo con que nos manejamos, con que nos portamos, con que nos vestimos, si los empleos que buscamos y la manera con que los recibimos, auueian la humildad. ¡Ay de mí! aun entre los hombres mismos el orgullo es castigado con la humillación, con el odio, con el desprecio; y la humildad es recompensada con la exaltación, con el amor y con la estima. ¿Qué será, pues, delante de Dios?

Lo segundo. *La humildad debe regular nuestros discursos.* Las leyes del Evangelio y las del mundo se hallan aquí de acuerdo. . . . "Un hombre que se alaba á sí mismo y que se ensalza sobre los otros, se hace despreciable. . . ." No obstante esto, ¿en cuántas ocasiones se quebranta esta ley de modestia natural y evangélica? Examinemos nuestras palabras: cuántas ¡disputas, cuántas quejas, cuántas enemistades, cuántas murmuraciones y escándalos evitáramos si la humildad fuese la regla de todos nuestros discursos!

Lo tercero. *La humildad debe regular nuestros pensamientos en orden al prójimo.* Pongámonos en todas las cosas en el último puesto, desechemos toda la estima del mundo y de nosotros mismos y todo pensamiento honroso de nuestro propio mérito como cosa indigna, vil y vergonzosa que nos cubriría de oprobio delante de los hombres sensatos si viesen lo que pasa dentro de nosotros. Reflexionemos, al contrario, que ninguno hay en este mundo que por ciertos respetos no valga mas que nosotros, ó sea porque es mas noble, mas poderoso, mas hábil, mas útil, mas inocente, mas fervoroso, mas santo que nosotros. Reflexionemos tambien que en cualquier género que sea, hay algunos superiores á nosotros y que en su comparación nosotros somos nada. . . . ¡Oh qué paz profunda gozaríamos si practicásemos esta máxima de humildad, y si en nuestra estimación y en todos nuestros pensamientos tuviésemos siempre la advertencia de tomar el último puesto y de reprimir aquel orgullo que tan frecuente y tan injustamente nos hace tomar el primero!

Lo cuarto. *La humildad debe regular nuestros sentimientos interiores respecto á Dios.* El evangelista nos advierte lo que aquí dice el Salvador es solamente una parábola, para que pensemos bien que el asunto del Salvador no era ya el enseñarnos á evitar una confusión ó mortarnos cualquiera gloria delante de los hombres, sino á evitar la confusión eterna que consigo trae delante de Dios el orgullo, y á procurarnos la sólida gloria con que será recompensada la humildad en su tribunal. Nos conviene, pues, principalmente delante de Dios ponernos en el último puesto; reconocemos delante de él nuestra nada, nuestra impotencia, nuestra indignidad, nuestro pecado, nuestros deméritos. Si no cae-

mos en los últimos excesos, á él somos deudores. Si hacemos cualquiera cosa buena, todo enteramente lo debemos á él... Soportemos, pues, las tentaciones como el efecto de nuestra miseria y la consecuencia funesta de nuestros pecados y espéremos nuestra ayuda de Dios solo, al cual debemos recurrir incesantemente... Perseverados de nuestra extrema debilidad y de nuestras malas inclinaciones; huyamos con toda diligencia las mas pequeñas ocasiones del mal. En la sequedad reconozcamos nuestra indignidad y continuemos á orar y á obrar confesando que nada merecemos. Si experimentamos cualquiera consolación, démosle á Dios las gracias con tanto mayor reconocimiento cuanto mas debemos reconocernos indignos de ella, y cesando después la consolación, guardémosnos de lamentarnos. Cuanto mas nos abajemos delante de Dios, tanto mas nos alzará Dios y nos favorecerá. Esto es lo que elevó á María á la dignidad de Madre de Dios y Reina de los santos; cuántos, al opuesto, por no haberse conservado en estos sentimientos de humildad, han perdido la devoción, el fervor y la piedad y han caído en la extrema humillación con caídas vergonzosas y mortales! No olvidemos jamás que quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

PUNTO III.

RECOMPENSA DE LA LIBERALIDAD.

Lo primero. *De la liberalidad mundana.* "Y decía también al que lo había convidado, cuando haces una comida y cena, no llames á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á los parientes, ni á los ricos vecinos, no sea que te vuelvan ellos á convidar y te lo paguen..." "¿Qué cosa es la liberalidad que ejercitan los mundanos? Una liberalidad de interés; se da solo por recibir, se da solamente á aquellos que se sabe que lo han de recompensar. Una liberalidad de uso que muchas veces hace murmurar á aquel que os queda obligado y en la que no entra motivo alguno de caridad y de religión. Finalmente, una liberalidad de placer y de ostentación. Esto es lo que el mundo llama hacer su negocio con honor; pero á la verdad es abusar del bien de que Dios nos pedirá cuenta y que tanto nos importa el emplearlo mejor.

Lo segundo. *Recompensa de la liberalidad mundana.* Si en el convidar no tenemos otro motivo que el de cumplir un deber de conveniencia, nuestra recompensa será ser nosotros también convidados de los otros, por conveniencia. Si convidamos por interés, corremos riesgo de hacerlos ingratos. Si convidamos por ostentación, nos haremos amigos de mesa que en nuestras no-

cesidades mostrarán no conocernos, y que jamás se burlarán de nosotros en el tiempo mismo que gozarán de nuestros beneficios, como cabalmente se hace en nuestros días. ¡Ah! hagamos un uso mejor de nuestros bienes. Aprendamos hoy del Salvador á emplearlos de una manera que nos sea mas útil y mas honorífica.

Lo tercero. *De la liberalidad cristiana.* "El Salvador añadió... "Mas cuando haces convite, llama á los pobres, los endebles, los cojos y los ciegos... ¡Ay de mí! ¿quién hay que siga este consejo del Salvador? Los santos lo han seguido, lo han seguido grandes reyes y otros; pero si no nos basta el ánimo para convidar los pobres y comer con ellos, enviémosles á los monjes de comer á sus casas, démosles á la puerta, ó enviémosles á los hospitales. ¡Ah! si conociésemos nuestros verdaderos intereses y nuestros intereses eternos, ¡cuán industriosos seríamos en moderar nuestro lujo y nuestra vanidad, y aun en arreglar también lo que necesitamos para tener que dar á los pobres!

Lo cuarto. *Recompensa de la liberalidad cristiana.* Añadió el Salvador... "Y serás afortunado, porque no tienen con qué corresponderte; mas te se remunerará en la resurrección de los justos..." El Salvador sabe lo que entenderá entonces y cuáles serán las recompensas, porque el mismo regulará las cosas en aquel gran día. ¡Ah! no pensemos jamás en aquel gran día, y ciertamente vendrá y será eterno. ¿Qué será entonces de todo este mundo presente? ¿qué se habrán hecho nuestras riquezas y en qué vendrá á parar toda nuestra magnificencia? Todo será perdido para nosotros, y acaso nos hallaremos mas culpados y seremos mas gravemente castigados. Pero lo que habremos dado á los pobres, se encontrará y nos será restituído, y ¡oh en qué manera! ¿Quién lo podrá pensar y quién podrá imaginarlo? Con un convite eterno, con una eternidad de gloria y de delicias.

RECOMPENSA DE LA LIBERALIDAD CRISTIANA.

Hacedme digno, ¡oh Dios mío! de aquella recompensa, comunicadme algunos rayos de aquella tierna liberalidad que os animó para conmiigo. Animad mi corazón con una caridad sincera y desinteresada para con todos mis hermanos. Enséñadme, ¡oh Señor! aquella lección divina de humildad que de vos solo se puede aprender, y para aprenderla humildemente, dignaos de enseñármela de una manera que me inspire la práctica y el amor. ¡Ay de mí, oh divino Jesús! Estoy mas malo que aquel hidrópico que habéis sanado en casa del fariseo. Veisme aquí delante de vos, ¡oh salvador mío! sanad mi orgullo, mi languidez, mi debilidad y la insaciable sed de los bienes y de los placeres y honras de este mundo, para poder ser embriagado de aquel torrente de

delicias que gustan vuestros santos en la eternidad. Amen.

MEDITACION CLXXXIX.

PARABOLA DE LOS CONVIDADOS A UN GRANDE BANQUETE.

San Lucas, c. XIV, v. 15, 24.

Primero, del convite celestial ó sea de la felicidad del cielo; segundo, de los pretextos de los convidados ó sea de los obstáculos de la salvación; tercero, de los convidados al banquete ó sea de aquellos que son llamados á la felicidad de la patria celestial.

PUNTO I.

DEL CONVITE CELESTIAL Ó SEA DE LA FELICIDAD DEL CIELO.

Lo primero. *Del deseo que debemos tener de él.* "Oíd esto, le dijo uno de los convidados: bienaventurado aquel que comerá pan en el reino de Dios..." Esto es, bienaventurado aquel que participará del convite eterno de la patria celestial. Bienaventurado sin duda, porque el pan que comerá no será otra cosa que el mismo Dios, de quien será eternamente alimentado y saciado. ¡Oh aquí una de aquellas aspiraciones, una de aquellas elevaciones de corazón que nos debe ser familiar, y uno de aquellos actos de amor y de esperanza que debemos oponer á todos los peligros y á todos los escándalos, á todas las penas y á todas las tentaciones de la vida. Si el mundo nos deslumbra con el esplendor engañoso de sus falsos bienes, haremos caer á tierra el encanto, elevando nuestro espíritu al cielo y exclamando: *Bienaventurado el que goza de Dios en la eterna morada de la gloria!* Si la carne nos solicita con el amor de los placeres, apaguemos sus llamas impuras con los castos deseos de las delicias celestiales, elevando nuestro corazón hácia el cielo y exclamando: *Bienaventurado aquel que en el esplendor de los santos gusta las eternas delicias del amor divino.* Si el demonio nos tienta, si la persecución nos oprime, si el peso del cuerpo nos abate, si el dolor nos acrisola, si el quimo y la fuerza nos faltan, una mirada hácia el cielo nos hará victoriosos de todas las cosas y de nosotros mismos. ¡Por qué, pues, somos tan débiles y venidos tan presto? Por que perdemos de vista el objeto inmortal de nuestras esperanzas, y no tenemos cuidado de llenar de él nuestro corazón. Tememos, pues, este santo hábito de caer con frecuencia, con un ardiente deseo y con una viva esperanza..." "Bienaven-

turado aquel que comerá pan en el reino de Dios..."

Lo segundo. *De la grandeza de esta felicidad.* "Y él le dijo: un hombre hizo una cena grande y convidó á muchos..." ¡Oh, y cuál será de hecho el banquete que se dará á los justos al acabarse el día de esta vida y al fin del presente siglo! Grande banquete en todas las maneras; grande por el que lo dará, que es Dios; grande por el lugar, que es el cielo y la inmensidad de Dios; grande por la multitud y la nobleza de los convidados; estos son hijos de Dios, los ángeles, los santos, los escogidos de Dios de todos los tiempos y de todas las naciones; grande por el orden que allí reina; es la justicia de Dios la que allí regula los puestos; grande por las delicias que allí se gustan; ellas son las delicias del mismo Dios, su vista, su posesión y su amor; grande finalmente por su duración, que será la eternidad de Dios. ¡Ah, qué felicidad hallarse en aquel banquete divino, delicioso y eterno! ¡qué desesperación verse excluidos de él para siempre por nuestra culpa!

Lo tercero. *De la bondad de Dios en convidarnos.* "Y á la hora de la cena envió uno de sus criados á decir á los convidados que viniesen porque todo estaba prevenido..." Ya que estaban convidados habrían debido ir al convite por sí mismos sin otro aviso; pero lo que es mas insufrible en su conducta es, que aunque convidados y aunque avisados, todos se excusaron de ir... "Y empezaron todos de acuerdo á excusarse..." Guardémosnos de ser de este número. Por nuestro bautismo somos del número de los convidados; no nos faltan los avisos para ponernos y para ir; el camino para llegar allí lo sabemos, que es una vida santa, recogida, regular y cristiana. ¿No somos por ventura del número de los que se excusan? ¿no nos servimos acaso de los mismos pretextos que alegaron? Examinémoslos.

PUNTO II.

DE LOS PRETEXTOS DE LOS CONVIDADOS Ó SEA DE LOS OBSTÁCULOS DE LA SALVACION.

Primer pretexto. *Adquisición hecha de una hacienda en la campaña.* Es el primer obstáculo para la salvación, el orgullo, los divertimientos y la disipación... "El primero le dijo: he comprado una granja y necesito ir á verla, te ruego que me tengas por excusado..." Adquirir, engrandecerse, divertirse, gozar, ha aquí para los mundanos los negocios mas serios que ellos llaman necesarios y de los que no pueden prescindir; he aquí lo que prefieren á su salvación; lo que les hace olvidar el cielo, despreciar las promesas de Dios, el convite que les

hace y los avisos y advertencias que les da. Todo es inútil para aquellas almas vanas y frívolas que solo atienden a los placeres y a los divertimientos.

Segundo pretexto. *Compra hecha de los bueyes* y segundo obstáculo para la salvación, las ocupaciones, los trabajos y los negocios que ocasionan los intereses temporales. . . . "Y otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlos: lo ruego que me tengas por excusado. . . ." Otra especie de hombres no menos apartados de la salud que los primeros. "Cómo pueden tener tiempo para trabajar por su salvación, siempre oprimidos de cuidados y de trabajos penosos para conservar sus bienes, para aumentar sus rentas y su comercio? ¿cómo pueden tener el deseo de salud, siempre inclinados hacia la tierra, no conociendo otro interés, otra felicidad que la de la tierra?"

Es verdad que las ocupaciones que forman estos dos pretextos no son absolutamente condenables como incompatibles con la salvación. La parábola solamente nos advierte estar en vela por el temor que estas ocupaciones, bien que en sí mismas inocentes, no sean para nosotros, como para tantos otros, una ocasión de infidelidad y la causa de nuestra perdición eterna. Lo mismo debe decirse del tercer pretexto.

Tercer pretexto. *Las bodas contraidas* y tercer obstáculo para la salud eterna, los placeres de los sentidos, los afectos pecaminosos y los hábitos vargonzosos. . . . Y otro dijo: me he casado y por esto no puedo venir. . . . Un matrimonio legítimo, santo y cristiano, nada tiene de opuesto á la salud, y puede antes bien ser un medio para ella. Lo que aparta de la salud son aquellos matrimonios en que solo se busca satisfacer la propia pasión y gustar los pecaminosos placeres, y en que se contraen horribles manchas con monstruosos excesos. Son aquellas juntas ilegítimas fuera del matrimonio, y á las veces, á pesar de los sagrados vínculos del matrimonio; son todos los pecados de la carne, que entorpecen el alma y hacen odioso el pensamiento mismo del cielo y el convite de obrar para llegar á él. Con este hábito pecaminoso, los miserables no alegan mas excusa para no corresponder al convite, y antes declaran absolutamente que ya no pueden. ¡Ah! desventurados mundanos, avaros y voluptuosos, ¿qué cambio es el que hacéis y qué bienes perdéis? ¡Ay de mí! ¿qué ólera no provocáis vosotros al que con tanta bondad os ha convidado! ¿qué venganza no tomará de vuestro desprecio!

Y no son, por ventura, estos mismos los pretextos que aun en esta vida nos impiden el comer el pan del reino de Dios, el pan de la oración, de la meditación y el pan celestial de la divina Eucaristía?

PUNTO III.

DE LOS CONVIDADOS AL BANQUETE Ó SEA DE LOS QUE SON LLAMADOS A LA FELICIDAD DEL CIELO.

Lo primero. *De los que son convidados en defecto de los primeros.* "Y volviendo el criado refirió estas cosas al señor: entonces indignado el padre de familia dijo á su criado: sal presto á las plazas y á las calles de la ciudad, y trae aquí dentro los pobres, los tullidos, los ciegos y los cojos. . . ." Los escribas y los fariseos que oían esta parábola no se reconocían de ningún modo en ella á sí mismos, ni pensaban ser ellos aquellos primeros convidados que con sus excusas irritaron á Dios, mientras que el simple pueblo, y bien presto después los gentiles mismos, debían adquirir el cielo con su fe, creyendo al Mesías deseado por la sinagoga. Demás de esto, esta parábola nos presenta otros muchos misterios de sustitución que se renuevan en el mismo cristianismo. Apliquémosla á los grandes y á los chicos, á los ricos y á los pobres. He aquí, pues, los grandes del mundo, los ricos de la tierra, los voluptuosos del siglo que por sí mismos se han excluido del celestial convite. ¿Creen por ventura estos que por eso no se llenará el cielo? No; tendrán la desesperación de ver en él personas de la hoz del pueblo; gentes que por su renuncia al siglo llegaron á ser viles y despreciables á sus ojos, les verán ocupar sus puestos y gozar las delicias de la eternidad.

Lo segundo. *De los que por fuerza entraron para llenar los puestos vacíos.* "Y dijo el criado: Señor, ya se ha hecho como lo has mandado y aun hay lugar." Y dijo el señor al criado, sal á los caminos y á las cercas y fuérrales á entrar para que se llene mi casa. . . . Los hombres no deben tomar la empresa, que ni podrían jamás lograr, de compeler las conciencias; la gracia sola sin hacer violencia puede cambiar los corazones y convertirlos al bien á que antes tenían horror. . . . Por los pobres recogidos en la ciudad podemos entender el pueblo judaico, y por los pobres recogidos fuera de la ciudad el pueblo de los gentiles; ó si no por los primeros convidados podemos entender la nación judaica, por los los pobres de la ciudad los gentiles de las naciones gobernadas por sus leyes, y por los pobres recogidos por los caminos y cercas, los gentiles de las naciones vagamundas y salvajes. Sea como se fuese, esta parábola nos enseña que el cielo estará lleno; que el número de los escogidos estará completo, y que los que serán excluidos no podrán lamentarse sino de sí mismos. De hecho, ¿quién podrá quejarse del señor? ¿acaso los primeros convidados? ¿estos que tan fácilmente podían condescender á los replicados convites y avisos? ¿pero cuáles serán las gracias que lo de-

rán los últimos y cuál será la viveza de su reconocimiento eterno?

Lo tercero. *De los que fueron convidados los primeros y no quisieron ir.* "Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que habían sido llamados gustará mi cena. . . ." Palabra bien terrible y juntamente de consuelo, no de otra manera que la conducta de Dios que en ella se nos representa. . . . Dios es bueno y justo para con nosotros; ninguno puede lamentarse de él, sino únicamente de sí mismo. No hay réprobo que no lo sea por su culpa y que no haya recibido de Dios sobrepuntuados socorros para no serlo, porque Dios quiere la salvación de todos los hombres y para esto los ha criado; pero muchos resisten á sus convites y por sí mismos se condenan. . . . Dios está lleno de misericordia y de compasión; en cualquiera estado en que podamos hallarnos de infidelidad, de coquedad, de abandono, nos convida aun, nos solicita, y para traernos á sí emplea los medios extremos ó internos que pueden vencer la dureza de nuestros corazones. Por esto estamos atentos por una parte á no desoír sus primeros llamamientos, y por otra esperamos siempre correspondamos á las gracias que se nos da aun, y tomamos que nuestra obstinación nos lleve finalmente hasta la muerte.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ay de mí! ¡oh Señor! ¿No tengo yo por ventura temor, y mas que otro alguno, de ser excluido de vuestro celestial convite? ¿yo solo no soy por ventura mas culpable en los obstáculos que frecuentemente opongo á mi salvación, que aquellas tres multas de hombres que bajo especiosos pretextos han recusado el participar de la cena del padre de familia? Con los primeros he sido convidado con sus gracias de vuestra predilección; pero ¡ay de mí! me he excusado y he atendido á todos los demás negocios fuera del de mi salvación: muchas veces he respondido en el furor de mi pasión que no podía y que estaba con necesidad de seguir mis inclinaciones. Con todo eso, no obstante mi coquedad y mi pobreza, en el despojo de todos los bienes espirituales en que me he hallado, vos me habéis llamado aun, convidado y conducido con vuestra gracia; pero ¡ay de mí! yo, Señor, he andado muy lejos de vos. Finalmente, en el gran camino de la perdición por las cercas, esto es, avargonzado de remordimientos y de penetrantes reprensiones, me he visto como forzado interior y exteriormente á volver á vos. ¿Cuál pues debe ser mi reconocimiento para con vos, ¡oh Dios mío! y cuál sería mi delito si no perseverase en vuestro santo servicio y si viéiese aun á hacermé indigno de entrar en el celestial convite á que vos me solicitais que asista con tanta bondad, paciencia y misericordia. Amen.

MEDITACION CXG.

DEL VERDADERO DISCIPULO DE JESUCRISTO.

S. Lucas, c. XIV, v. 25, 27.

Jesús continuó á enseñar en la Galilea, y principalmente en los lugares donde no había estado aun. Aquí fué seguido, como por estambre, de un gran concurso del pueblo, al que expuso cuáles son las condiciones que exige de aquellos que quieren ser sus discípulos, y sin las cuales en vano se les intentarían de ser de este número. Cuatro les nota que deben ser para nosotros materia de un serio exámen. Primero, aborrecer los propios parientes. Segundo, aborrecer la propia vida. Tercero, llevar la propia cruz. Cuarto, caminar detrás de él.

PUNTO I.

ABORRECER LOS PROPIOS PARIENTES.

"Y ¡tan con él muchas turbas; y volviéndose les dijo: si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y madre, y mujer ó hijos, y hermanos y hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discípulo. . . ." Examinemos ahora aquí la primera de las dos condiciones contenidas en estas palabras, que es el odio de los parientes. Fuera de los que aquí están nombrados, comprendo también este odio todos otros parientes, los proteofores y los mas íntimos amigos. El término de aborrecer es en sí bastante fuerte, no para significar que debemos hacer ó deseárselos el mal, sino para manifestar el ardor, la fuerza y valor con que debemos hacerles frente si se oponen á nuestra salvación, si nos impiden al abrazar el estado á que Dios nos llama, y quieren empeñarnos en aquel á que Dios no nos llama; si nos impiden el abrazar la fe y si se esfuerzan á mantenernos ó á empeñarnos en el error. Pero estas oposiciones son raras hoy en día, y acaso con mas frecuencia sucedió que se aborrecen el padre, la madre, la esposa, los amigos, porque nos llevan al bien, nos apartan del vicio y quieren hacernos caminar por el camino de la salud.

PUNTO II.

ABORRECER LA PROPIA VIDA.

"Si alguno viene á mí, y no aborrece hasta la vida, no puede ser mi discípulo. . . ." Esto es, debe estar pronto á sacrificar su vida, su reposo, sus bienes y sus comodidades antes que perder la fe y la gracia de Dios; esto es, debo reprimir sus

pasiones, aun las mas violentas; resistir á sus mas amables inclinaciones, contener sus sentidos en la mas dura esclavitud, detestar y huir con horror todo aquello que puede conducir al pecado y manchar el alma.—Puestos tales principios, ¿nos reconocemos nosotros por verdaderos discipulos de Jesucristo? ¿Tenemos nosotros en particular este odio de nuestra alma, de sus placeres y de su temporal felicidad? ¡Ay de mí! Si, la aborrecemos, y mucho, pero para la eternidad. ¡Cuántas llagas le hemos hecho y á qué peligro la exponemos amándola solo para el tiempo en vez de aborrecerla en el tiempo y amarla para la eternidad!

PUNTO III.

LLEVAR LA PROPIA CRUZ.

“Y el que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo...” Estas palabras encierran tambien dos condiciones, de las cuales la primera es de llevar la propia cruz.... ¡Oh! cuántos la han llevado por los suplicios horribles que han sufrido, ó por las penitencias y por las maceraciones que han ejercitado sobre su carne, ó por paciencia heroica que han conservado en las mas largas y mas acerbas aflicciones y calandades! Pero en órden á vosotros ¿cuál es la cruz que llevamos? ¿cuál es la cosa que nos afana, nos inquieta y nos saca fuera de nosotros mismos? ¿cuál es el motivo de aquel disgusto que nos arranca tantos lamentos y tantas quejas, sobre el que nos consumimos con reflexiones, que por todas partes nos sigue y que no podemos olvidar ni soportar? Finalmente, ¿cuál es aquella cruz que no podemos llevar? ¡Ah! Comparémos la cruz de Jesucristo y la de los mártires con la nuestra y avergoncémonos de nuestra vileza. Temamos que un día no nos reconozca Jesucristo entre el número de sus discipulos, porque no podemos gloriamos de merecer este glorioso título sino caminando sobre las pisadas que ha señalado con su sangre.... Por otro lado, ¿no es bien ligera la cruz que se nos presenta si la comparamos aun con la que llevan los mundanos? ¿Cómo pues rehusaremos nosotros sufrir por Jesucristo mientras tantas personas, mientras nosotros mismos acaso gemimos bajo el tiránico yugo del mundo? ¿Diremos acaso que bien que al exceso cobardes, estaremos siempre prontos, si fuese necesario, á llevar la cruz de Jesucristo ó la de los mártires? Pero fuera de que no se nos ofrecerá jamás esta cruz, ¿cómo la mirariamos nosotros, nosotros que no podemos llevar aquellas cruces ligeras que Dios nos presenta? ¡Ah! Son estas las que debemos abrazar con jubilo, ya que no tenemos otras mayores. El verdadero discípulo de Jesucristo

se dañe solamente de lo poco que tiene que sufrir, se consuela en aquello poco que tiene que padecer y lo mira como una ligera compensacion de las grandes cruces que no se merece; pero ¡ay de mí! nosotros nos lamentamos de esto poco y buscamos de todos modos el descargarnos.

PUNTO IV.

CAMINAR DETRÁS DE JESÚS.

“Y el que no me sigue no puede ser mi discípulo...” Caminar sobre las pisadas de Jesucristo, seguir á Jesucristo, imitar sus ejemplos y practicar sus virtudes. Este divino Salvador nada nos manda que él mismo no lo haya practicado, y nosotros no podemos aspirar á ser sus discipulos sino cuando seremos bastante generosos para caminar sobre sus pasos. Estudiemos pues su vida, y en todas las ocasiones llamemos á nuestra memoria sus virtudes. Imitemos su pureza, su dulzura, su humildad, su paciencia, su celo, su silencio, su oracion y su resignacion. Sobre todo, sigámoslo sobre el Calvario en la muerte y en el sepulcro si queremos seguirlo en la resurreccion y en la gloria.

PETICION Y COLOQUIO.

De vos, oh Señor! espero esta gracia de sufrirlo todo por seguros. Dadme tanta humildad que pueda renunciar á la vanidad del siglo, á mi amor propio y á mí mismo; tanto desapego para renunciar todo interés pasajero, tanta fidelidad para renunciar á toda utilidad ilegítima, á toda sociedad peligrosa y á toda ocasion pecaminosa; tanta sumision para renunciar á todo aquello que vos, oh Dios mio! me quitaréis por la injusticia de los hombres, por el temor y por la muerte; tanta caridad que renuncie á todo aquello que escandaliza los débiles, y á todo aquello que tiene aun solo la apariencia de mal; finalmente, tanta fuerza y grandeza de alma para sostener el augusto título que llevo de vuestro discípulo, y para emprenderlo todo en vuestro espíritu, según vuestras órdenes y por vuestro santo amor. Amen.



MEDITACION CXCL.

PARABOLA DE LA TORRE QUE UNO QUIERE CONSTRUIR.

S. Luc., e. XIV, v. 28, 30.

Primero, de las cosas que se deben hacer sobre el edificio que se quiere levantar. Segundo, del tiempo que se debe tener de acabar el edificio empezado. Tercero, de desaprobar á que vendrá expuesto el que no acabará el edificio que ha comenzado.

PUNTO I.

DE LAS REFLEXIONES QUE DEBEN HACER SOBRE EL EDIFICIO QUE SE QUIERE LEVANTAR.

“Porque quién de vosotros queriendo edificar una torre, no hace primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios, viendo si tiene con qué acabarla...”

Lo primero. *Conviene reflexionar sobre la grandeza de la empresa.* Cuanto es mas grande lo empresa, tanto mayores reflexiones se requieren; en las cosas temporales no dejamos de hacérselas; pero en las espirituales nos descuidamos frecuentemente. Hagámoslas ahora y consideremos cuáles son las obligaciones del cristianismo. No se trata ya de deliberar si debemos abrazar ó no el cristianismo. Este no es el sentido de la parábola. Por gracia de Dios somos cristianos, y si no lo fuésemos, estaríamos en obligacion de serlo. La parábola nos advierte solamente el no hacer profesion del cristianismo sin saber á qué nos empeña esta profesion, y sin estar constantemente resueltos á cumplir nuestras obligaciones. En calidad de cristianos, debemos seguir una vida santa, exenta de pecados, llena de buenas obras y de virtudes; debemos cumplir las cuatro cosas que Jesucristo pide de sus discipulos: aborrecer todo aquello que puede apartarnos de él, aborrecernos á nosotros mismos, llevar la propia cruz y caminar detrás de él. Esta es aquella alta torre que debemos fabricar, en la que debemos trabajar cada día é incesantemente, y que debemos alzar hasta el cielo perseverando en este trabajo hasta la muerte. Apliquemos esto á la perfeccion cristiana, á la vida eclesiástica ó religiosa y á las obligaciones de cada estado en particular: si se trata que tengamos que abrazar alguno de estos diferentes estados, guardémosnos de empeñarnos sin haber tomado tiempo para reflexionar en el reposo de la oracion y del retiro el empeño que queremos tomar sobre nosotros.

Lo segundo. *Conviene reflexionar al gusto que debemos hacer para acabar el edificio.* Consideremos que para cumplir las obligaciones del cristia-

nismo nos debe costar el sacrificio de nuestro espíritu por una fe humilde, sumisa y entera; el sacrificio de nuestro corazon por un sincero desapego de todas las cosas criadas, amando solo á Dios, amando por solo Dios y amando solo lo que Dios quiere y como quiere que lo amemos, el sacrificio de nuestras pasiones por medio de una resistencia continua, sin perdonarlas ni favorecerlas en cosa alguna, sofocando desde sus primeros movimientos su sedicion, cortando todo aquello que pudiese servir á ejercerlas, huyendo todas las ocasiones en que podrian encenderse, y practicando cuanto pueda contribuir á destruir las y desarraigadas; finalmente, el sacrificio de nuestros bienes, de nuestra reputacion y de nuestra vida cuando Dios lo ordena, cuando las circunstancias lo exigen y lo pretende la cosa de la religion. He aquí lo que nos debe costar la fabrica de esta torre.

Tercero. *Reflexionemos cuáles son los medios de suministrar la necesaria para el costo.* Tenemos nosotros con qué hacer este gasto? Estamos bastante ricos para poder suplir este gasto? No, sin duda; nosotros nada tenemos, nada podemos por nosotros mismos; pero todo lo podemos en aquel que nos conforta y nos llama. No nos faltará su gracia; basta que nosotros no faltamos á ella; con la gracia hagamos lo que podamos y pidamos lo que no podamos. Dos cosas solamente pide Dios de nosotros: velar y orar. Tememos ahora la firme resolucion, pongamos mano á la obra y llegaremos al término del edificio.

Lo cuarto. *Reflexionemos cuáles son los motivos de emprender y de acabar el edificio.* La empresa es grande y difícil, requiere un trabajo penoso y de larga duracion; pero consideremos que levantamos una obra magnífica á la gloria de Dios, y en la cual Dios se complace mas que en los templos mas soberbios que se pueden erigir en su nombre. Consideremos que levantamos un monumento inmortal á la gloria de Jesucristo, y que anunciará eternamente la potencia y el triunfo de su gracia. Consideremos que esto es para nosotros un asilo seguro contra los dardos de la cólera de Dios, contra el diluvio de sus venganzas y contra el fuego del infierno. Consideremos que este edificio nos llevará y nos elevará hasta el mismo cielo. Animo, pues, alma mia, no temas, emprende valerosamente la obra, empléate sin cesar en ella, y si alguna vez por tu negligencia hace en ella el enemigo alguna brecha, repárala presto y vuelve á emprender tu trabajo con nuevo ardor.

A. *¿Cuál es el edificio que se quiere levantar?* El edificio que se quiere levantar es el edificio de la vida eterna, el edificio de la gloria de Dios, el edificio de la gloria de Jesucristo.

PUNTO II.

DEL TEMOR QUE SE DEBE TENER DE NO ACABAR EL EDIFICIO COMENZADO.

Primero *Temor continuo.* "Porque quién de vosotros queriendo edificar una torre lo hace primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios, no sea que después de haberla puesto el fundamento y no lo pudiere terminar..." Lo que nos debe tener en continuo temor, es el gran número de aquellos que abandonan la empresa, no solo después de haberla alzado mucho de la tierra, y habiendo ya punto de concluir. Judas, que había oído esta parábola; fué el primer ejemplo de ella. ¿Cuántos cristianos han perdido la primera inocencia sin tomarse algun cuidado de recuperarla; cuántos pecadores han estado llenos de fervor al principio de su conversión y han vuelto otra vez á sus desórdenes; cuántos han abrazado gloriosamente el estado eclesiástico ó la vida religiosa, y se han disgustado de ella, han vuelto á entrar en el siglo, y han vivido en un estado santo una vida del todo mundana? cuántas almas movidas de Dios se han dado á los ejercicios de la vida interior, los han practicado con fervor y consolación en algun tiempo, y después los han abandonado por darse á la disipación, de la que han caído en la tibieza, en el desorden de la conciencia, en la indecisión, y frecuentemente tambien en culpas graves y en hábitos pecaminosos? ¡Ay de mí! yo mismo cuántas veces he comenzado con un valor que me creía que jamás podría disminuirse, y poco tiempo después me he hallado desalentado, cansado y rebuzado por la dificultad, hasta el punto que desesperando del éxito, he abandonado la empresa?

Segundo, *Temor moderado.* El temor no debe dar en los excesos. Con abandonarnos demasiado corremos riesgo de caer en la desesperación. Para caminar seguramente es necesario estar entre el temor y la esperanza; siempre temer, siempre esperar. Si el gran número de los que se pierden tiene de qué temerizarnos, el gran número de los que se salvan debe hacernos esperar. Si muchos no han podido acabar la obra comenzada, la culpa es suya, la cosa fué su vilicia y su malicia; pero si tiramos la vista sobre tantos santos de toda edad y de todo estado que el cielo corona, veremos que ellos han triunfado, con la gracia de Dios, de todos los obstáculos que á cada paso se encontraban, sembrados debajo de sus pies por el enemigo de la salud. A nosotros se nos ha ofrecido la misma gracia y nos protege el mismo Dios: imitemos constantemente su valor, implemos su intercesión y esperemos ser un día participantes de su recompensa.

Tercero, *Temor atento.* El temor de engañarse hace á una persona atenta. Nuestra per-

didada comienza por grandes delitos. Examinemos, pues, con la mas seria atención por qué un número tan grande abandona la empresa, y por qué tantos otros saben llevarla á la perfección. La razon es porque los primeros no han hecho las reflexiones necesarias al empeño que contraían, y no habiéndolas hecho, han comenzado, sin estar bien determinados, á suplir todos los gastos; esto es, á hacer todos los sacrificios para continuar y acabar la empresa, porque en el curso de la obra no han tenido cuidado de conservar en su espíritu estas reflexiones, ni de decir cada día con san Bernardo: *para qué has venido tú?* Y finalmente, porque han confiado demasiado de sí mismos y no lo suficiente sobre los socorros de Dios. Cuando alguno se halla débil y cansado, oró que todo está ya perdido, y en vez de recurrir á la oración y esperar con humildad el socorro de Dios, se abandona á la disipación y renuncia á una empresa que cree ya superior á sus fuerzas, como si con nuestras propias fuerzas y no con las del Omnipotente, pudiésemos continuar, acabar y ni aun comenzar tan grande obra. ¡Ah! los santos, al contrario, dóciles á los avisos del Redentor, han hecho sus reflexiones, sus cuentas, sus cálculos, y han velado y orado; usemos la misma atención y la misma prudencia.

Cuarto, *Temor eficaz.* Muchos tomen condensa, pero tienen solamente de una tan grande desgracia un temor ocioso y estéril, que no les hace practicar la mas mínima operación, ni tomar la mas mínima precaución. ¡Ah! séameis nosotros mas sabios; temamos, y háganos nuestro temor emprenderlo todo y sacrificarlo todo. Imitemos la conducta de los santos; usemos como ellos todas las atenciones para la construcción del edificio que hemos emprendido erigir, evitemos como ellos todo lo que podría apartarnos de nuestra empresa, intermpir su progreso ó destruirlo; pensemos como ellos, reflexionemos incessantemente sobre ella, hagamos exactamente las cuentas, y calculemos con nosotros mismos todas las cosas. Ahora estas cuentas y estos cálculos los debemos renovar en la oración, en la meditación, en la lección y en los exámenes; sin esto perderemos de vista nuestro objeto, no llevaremos adelante la obra, la abandonaremos, cesará por tierra por sí misma y no presentará á la vista otra cosa que ruinas.

PUNTO III.

DEL DESPRECIO Á QUE ESTARÁ EXPUESTO EL QUE NO HABERÁ ACABADO EL EDIFICIO COMENZADO.

"Porque quién de vosotros queriendo edificar una torre, no hace primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios... no sea que des-

pués que hubiese puesto el fundamento y no la pudiese terminar, comiencen todos los que la ven á burlarse de él diciendo: este hombre ha comenzado á fabricar, y no ha podido acabar... ¿Quién son aquellos que verán vuestra necesidad, vuestra volubilidad y vuestra inconstancia, y que comenzarán á burlarse de vosotros y á insultaros?

Lo primero. Los hombres, vuestros amigos, vuestros parientes, aquellos á quienes vosotros habeis querido complacer olvidando las conveniencias de vuestro estado; aquellos, cuyas burlas habeis querido evitar, ó ganar la amistad abandonando vuestros ejercicios de piedad; estos serán los primeros á despreciaros, y á burlarse de vosotros. Antes hacian ellos burla de vuestra virtud, pero os estimaban, y vosotros hallabais en Dios y en los amigos mas sinceros una abundante recompensa de sus burlas y desprecios; pero ahora se burlarán de vosotros, os despreciarán y confesareis que lo merecisteis, y ya ni os quedará consuelo alguno, ni recompensa.

Lo segundo. Los demonios vuestros enemigos, después de haberos tentado, instigado y solicitado, si finalmente os ganan si os rendís á su importunidad, si caéis en sus redes se burlarán de vosotros. He aquí, dirán, aquel hombre que nos insultaba, que se creía ocupar en el cielo el puesto que nosotros hemos perdido, trabajaba por esto, y lo habria conseguido; levántalo un edificio que lo habria llevado allá; ya le habia puesto los fundamentos, y si hubiese querido lo habria terminado; pero no ha podido llegar á terminarlo; nosotros se lo hemos impedido, es cómplice de vuestra inconstancia y será participante de nuestras miserias. En este estado vosotros sentireis el peso de vuestro miseria, y lo llorareis; pero ellos se reirán de vuestros llantos. Vosotros os lamentareis de su astucia; direis como Eva, que ellos os han engañado, y que en vez de placeres que os prometían, no hallais otra cosa que penas, remordimientos y desesperación; y ellos insultarán vuestra credulidad y procurarán aun proseguir engañándoos, empeñándoos siempre mas en los caminos de la iniquidad, y prometiéndoos una tranquilidad de que con placer os verán siempre alejados mas... ¡Oh cuantas veces, oh Dios mio, les he dado yo mismo este maligno placer, y he venido á ser el objeto de sus burlas y de sus insultos.

Lo tercero. Los paganos y los idólatras en el juicio universal. ¡Oh santo carácter del bautismo, tú eres indeleble! ¡qué vergüenza será en aquel gran día haberte llevado solo para profanarte! ¡qué vergüenza haber empezado tan firmemente una vida inocente, una vida devota, una vida retirada, una vida eclesiástica, una vida religiosa, una santa, y haberla después abandonado! ¡Quién podrá pues sostener las miradas despreciantes é insultantes de tantos pueblos que no habrán recibido las mismas gracias, y verán el

abuso enorme que hemos hecho de ellas! ¡Ah! Dios mio, este pensamiento me hace temblar: ¿yo que no puedo sufrir el mas mínimo desprecio, cómo podré llevar el grave peso de una confusión tan general y tan justamente merecida? Preservadme de ella, oh Señor, concededme la gracia de perseverar en vuestro santo servicio y de morir en vuestro santo amor.

Lo cuarto. Los réprobos en el infierno. En aquel lugar de horror y de confusión, de odio y de furor ¿de qué crueles insultos y desprecios no se verá oprimido el insensato que habrá comenzado la obra de su salud sin haberla concluido? insultos y desprecios crueles, continuos y eternos, pero que serán nada en comparación del despecho y arrepentimiento del infeliz réprobo en el furor en que lo han arrojado las llamas devorantes y los horribles suplicios de que será la víctima eterna.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh lágrimas! ¡oh arrepentimiento! ¡oh desesperación! ¿Puedo yo pensar en vosotros y dolerme de lo que en esta vida tengo que padecer? ¿Puedo pensar en vosotros y entibiarme, perder el ánimo, retroceder y querer volver al siglo y al pecado? No, oh Señor! lejos de abandonar la empresa de mi salud, quiero desde hoy empezarla de nuevo; aun tengo tiempo. Sostened, ¡oh Señor! mis débiles esfuerzos y concededme vuestra gracia para poder cumplir felizmente una obra que emprendo por orden vuestra y bajo de vuestra protección y amparo. Amen.

MEDITACION CXCII.

PARABOLA DE UN REY EN GUERRA CON OTRO.

S. Lucas, c. XIV, v. 31, 35.

Reflexionemos: primero, sobre el sentido general de esta parábola; segundo, sobre la guerra del hombre con el demonio, figurada en la parábola; tercero, sobre la guerra del pecador contra Dios representada en ella.

PUNTO I.

DEL SENTIDO GENERAL DE ESTA PARABOLA.

Lo primero. En qué consista este. "¿O qué rey estando para mover guerra á otro rey, no considera primero de asiento si podrá con diez mil hombres ir al encuentro al que viene contra él con veinte mil? De otra manera, mientras éste está todavía lejos, le envía embajadores y lo

pide la paz...". El asunto general de esta parábola, como el de la precedente, es advertirnos que así como en los grandes negocios del mundo como serían erigir un suntuoso edificio ó sostener una guerra nada, se emprende sin haber examinado maduramente lo que se ha de hacer: así abrazando ó sea el cristianismo ó en el cristianismo algún estado ó alguna profesión, es necesario conocer las obligaciones que le están anexas, pensar frecuentemente en ellas y cumplirlas con fidelidad.

Lo segundo. *En qué no consista.* Se aleja del fin ó del verdadero sentido de estas dos parábolas, el que pensase que pudiese ser permitido ó cosa prudente para nosotros, no abrazar el cristianismo ó el estado á que Dios nos llama, porque la empresa nos parecerse muy difícil, como sería prudente aquel que no tuviese con qué acabar el edificio no empezándolo, y para un rey que no tuviese con qué sostener la guerra pedir la paz. En esto consiste la diferencia: que en el edificio de nuestra perfección, ó en la guerra espiritual contra los enemigos de nuestra salud, no hay que temer que nos falten los medios, sino solamente que nosotros faltemos á ellos, que faltemos en pedidos y en servirnos bien de ellos. Lo que se debe temer sí, es que no conociendo nosotros nuestras obligaciones, nos descuidemos en cumplirlas; que nosotros mismos abusamos de ellas y que nos lisonjemos de ser cristianos y discípulos de Jesucristo, mientras que realmente no lo somos, ó si lo somos, es de solo nombre.

Lo tercero. *Cuál sea la conclusión.* Hela aquí expresada por el Salvador mismo en estas palabras, que son el compendio de todas nuestras obligaciones: "... Y así, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo...". Renuncia de corazón y de afecto absolutamente necesaria para todos los cristianos; renuncia real y eficaz para aquellos que Dios llama á un estado que la exige, ó de quien la piden la equidad, la obligación, la fe y la religión... Falta á esta renuncia el que goza con complacencia, con avaricia, con lujo, con fasto y con orgullo de lo que posee, rehusando dar parte al necesitado: que es demasiado avariento en tener, demasiado solícito en adquirir, demasiado sensible á la consolación de una ganancia y demasiado afligido por una pérdida. Se halla en una disposición del todo opuesta á esta renuncia el que retiene con injusticia el bien ajeno, el que usurpa con ganancias ilícitas, el que del amor de la ganancia ó del temor del perder se deja empujar en la iniquidad, comete el pecado y hace traición á sus propias obligaciones. Observemos y no nos engañemos. Observemos si somos discípulos de Jesucristo.

PUNTO II.

DE LA GUERRA DEL HOMBRE CON EL DEMONIO.

Lo primero. *Con qué fuerzas se emprende esta guerra.* El rey contra quien tenemos que combatir es el demonio. Le hemos declarado la guerra recibiendo el bautismo, hemos renovado esta declaración recibiendo la confirmación, recurriendo á la penitencia, abrazando esto ó el otro estado, y no nos debemos arrepentir de esto; debemos solamente conocer sus fuerzas y las nuestras... Sus fuerzas son formidables; el infierno está todo á sus órdenes y lo ha conjurado para nuestra pérdida; milita el mundo á su estipendio y le suministra tantos soldados cuantos partidarios tiene, y lo que hay aun de mas terrible es que él tiene sus correspondencias hasta dentro de nosotros, hasta en nuestro propio corazón. Examinemos ahora nuestras fuerzas; es de suma importancia conocerlas bien para emplearlas con acierto. Considerando las que son propias nuestras. ¡Ay de mí! ¿cuáles son estas? En nosotros todo está en desorden, todo respira sedición y rebelión; nuestros santidos amotinados, nuestras pasiones indómitas y nuestra carne indócil, piden continuamente rendirse al enemigo, siempre traman cualquiera traición y no atienden á otra cosa que á buscar los medios de lograrlo... Añadamos á esto el carácter de los dos combatientes: el primero es un enemigo implacable, vigilante, atento, sagaz, experimentado, falso y fúgido; y nosotros: nosotros somos débiles, flojos, sin temor, amantes del reposo, y con esto, vanos, temerarios, presuntuosos y sin precaución; pero nuestra debilidad será nuestra fortaleza si sabemos conocerla bien y poner toda nuestra confianza en aquel que nos sostiene.

Lo segundo. *Con qué sucesos se haga esta guerra.* ¡Ay de mí! los sucesos son bien diferentes. De una parte se van muchos que después de haber comenzado felizmente esta santa guerra, pierden el ánimo, y que después de haber renunciado al demonio y al mundo, comienzan á acercarse á ellos. Abatidos de algunas pérdidas ocasionadas de su negligencia, desespéran de poder reparar lo perdido y sostenerse aun. Al primer ataque vacilan, temen la fatiga, abandonan el puesto, y cobardes desertores, no solo piden la paz, sino que tambien se rinden al enemigo, toman partido en sus tropas y combaten debajo de sus banderas. De la otra parte se ve el hombre fiel á la gracia conseguir gloriosas victorias; éste ha sabido cautelarse contra las astucias y resistir á los esfuerzos del enemigo terrible que habia de combatir. Ha puesto el orden, y para decirlo así, ha restablecido la disciplina en sus tropas, ha domado sus sentidos, ha sacrificando el objeto de sus pasiones, ha acostumbrado su carne á la austeridad y á los rigores de la pe-

nitencia, ha velado y ha orado; unas veces ha sabido huir con una prudente retirada las asechanzas que se le preparaban, y otras ha asaltado con fuerza y ha sostenido con valor el ataque, y finalmente, ha triunfado... ¿Por qué, pues, no haré yo otro tanto? ¿por qué no haré lo que los otros han hecho y hacen hasta ahora? Ellos tienen y aun tienen los mismos obstáculos que yo tengo; tengo los mismos medios que ellos tienen, tengo los mismos intereses; ¿por qué, pues, no los haré valer?

Lo tercero. *¿Cómo acabará esta guerra?* Con la recompensa de los vencedores y con el castigo de los cobardes. Un reino eterno para aquellos que habrán triunfado del demonio y del mundo, un suplicio eterno para los viles desertores de las máximas del cristianismo que habian abrazado... ¡Ay de mí! ¿cuántas veces he dejado las armas, he procurado hacer una paz vergonzosa y me he rendido á mi enemigo! ¿cuánto tiempo he servido debajo de él y he llevado las armas! ¿Y cuál ha sido mi recompensa? ¿he encontrado en su servicio el reposo y la felicidad que me esperaba? ¡Ah! he hallado solo penas, fatigas, contradicciones, oprobios, temores, remordimientos, disgustos amargos y horrible desesperación... A vos me vuelvo, ¡oh Rey de mi corazón ya que queréis aun recibirme, vuelvo á tomar las armas primeras; quiero combatir hasta la muerte bajo de vuestras banderas, seguro de triunfar eternamente con vos si me mantengo fiel.

PUNTO III.

DE LA GUERRA DEL PACADOR CONTRA DIOS.

Primero. *De la desigualdad de las fuerzas en esta guerra.* Podemos meditar esta parábola debajo de otro aspecto, y bajo la idea de estas dos leyes considerar al hombre rey de la tierra; le dió este reino con el peso de un tributo de obediencia. El necio se atrevió á negárselo y á declarar con su rebelión la guerra al Rey del cielo. Nosotros sabemos cuáles fueron las consecuencias funestas de una rebelión tan insensata y de una guerra tan desigual. Hijos desventurados de este rey castigado, luego que fué rebelde, no es ya nuestra mayor desgracia el haber sido despojados con él de nuestros mas bellos privilegios, sino de continuar aun una guerra tan injusta y tan desproporcionada. ¿No reflexionamos nosotros jamás sobre las consecuencias terribles de esta guerra que nos atrevemos á hacer á Dios, rehusando obedecer las justas leyes que nos ha impuesto? ¿ignoramos por ventura el formidable aparato con que viene contra nosotros: ignoramos su omnipotencia, su ciencia infinita, su inmensidad y su eternidad? ¿qué es lo que tene-

mos nosotros que oponerle? ¿nuestra libertad? ¡Ay de mí! ¿no está él en punto de despojarse de ella para cargarnos de nuevas cadenas?... ¿nuestro oterpo, su vigor, su juventud y su sanidad? ¡Ay de mí! En un cerrar de ojos, abatido de la enfermedad viene á ser presa de la muerte y baja á la corrupción y al polvo del sepulcro; ¿cuál será, pues, su fuerza? ¿de qué socorro nos podrá servir nuestra incredulidad? He aquí, pues, el último baluarte que tenemos que oponer á los rayos del Omnipotente. Nuestra alma acaso no es inmortal; acaso no hay otra vida; acaso Dios nos ha criado sin algun fin, y después de esta vida, no habrá ni justicia, ni castigo, ni recompensa... ¿con que un acaso será todo nuestro expediente? Una duda impía y atrevida contra la palabra expresa del Criador, contra las luces mas puras de nuestra razón, contra el íntimo sentimiento de nuestro corazón y contra los continuos remordimientos de nuestra conciencia; he aquí, pues, el escudo bajo del cual creemos poder francamente despreciar las leyes y hacer frente á las amenazas de aquel que nos ha dado el ser, andar contra él con fiereza, entrar con paso intrépido en su eternidad y nada tener que temer de su justicia ni de su omnipotencia. Pero ¿oh cuán débil se dejará ver este escudo en el lecho de la muerte! So no huirá á proporción que nos iremos acercando al momento decisivo. La muerte, finalmente, nos despojará de él y nos entregará para siempre á la justicia del Dios de las venganzas.

Segundo. *De la necesidad en que está el hombre de pedir la paz.* Primero. Es necesario solicitarla... ¡Ah! seamos prudentes siquiera en nuestro propio interés. Pidamos la paz, ya que no podemos continuar la guerra sin perdernos eternamente. Segundo. Conviene pedirla ahora mientras que aquel á quien hemos ofendido está aun lejos de nosotros, y mientras que no tenemos noticia alguna de su arribó, porque cayendo una vez en sus manos, no tendremos ya que esperar la paz. Y sería ciertamente una necesidad esperar á pedirlo cuando llegue á nosotros, cuando ya haya vibrado contra nosotros la espada y comience á hacernos sentir el peso de su indignación y de su cólera. Conviene pedir esta paz mientras estamos sanos y podemos aun prometernos cualquier tiempo de vida. Tercero. Se debe pedir por medio de otro y por no nosotros mismos... ¿Quién somos nosotros para presentarnos delante de Dios y para atrevernos á tratar con él de paz? ¿qué es lo que podemos ofrecer? ¿qué es lo que podemos hacer ó sufrir, que pueda reparar sus glorias y satisfacer su justicia? Pero este Dios tan bueno como grande, tan misericordioso como justo, ha sabido proveer á nuestra impotencia, nos ha dado su propio Hijo, su Hijo único y amado, por mediador de la paz y reconciliador universal del cielo y de la tierra. ¡Oh Dios! Salvador mio, única esperan-

za mía; á vos recorro, por vos y por vuestros méritos pido la paz á Dios vuestro Padre, á quien tantas veces y tan gravemente he ofendido. ¡Ay de mí! á vos mismo he ofendido, abusando de vuestros donos y de vuestra sangre, rehusando vuestra mediación y profanándola; y ciertamente, ¡oh Jesús mío! no tengo otro expediente que vuestros méritos; me atrevo aun á recurrir á ellos y suplicaros que me concedáis la paz, resuelto á no romperla ya jamás y seros enteramente fiel.

Tercero. *De las condiciones de la paz que concede Dios al hombre.* La primera que ninguna cosa se innovará en orden á la sentencia de muerte pronunciada contra el primer hombre y toda su posteridad, ni en orden á las consecuencias humillantes de esta sentencia, como las enfermedades, la concupiscencia, las pasiones y el trabajo. La segunda, que nosotros escucharemos nuestro Mediador; que creeremos su palabra, que observaremos su ley, seguiremos sus ejemplos y aprenderemos de él el uso que debemos hacer de nuestro castigo y la manera de hacerlo servir á reparar la gloria del Padre por los méritos del Hijo. La tercera que si somos fieles á nuestro Mediador, entraremos en los derechos no de nuestro primer Padre criador puro hombre, como nosotros, sino en todos aquellos de nuestro Mediador Dios y hombre juntamente, Hijo unico de Dios y heredero de todos sus bienes. ¿Qué paz, oh gran Dios, qué paz! ¿Habríamos tenido nosotros jamás atrevimiento para pedirle semejante? ¿Oh y cuán digna es de vuestra grandeza y de vuestra justicia, de vuestra misericordia y de vuestra magnificencia! Le acepto, ¡oh Dios mío! y para perseverar en ella estoy pronto á seguirlos, ¡oh divino Salvador mío! á llevar con vos mi cruz, á renunciar á todo lo que poseo y á todo lo que podría poseer mi corazón y apartarlo de vuestro amor.... «Buena cosa es la sal; pero si la sal se hace insípida ¿con qué se condimentará? No es á propósito ni para la tierra, ni para el estiércol, sino será arrojada fuera....» ¡Ay de mí! ¿qué cosa se exponen los que no quieren aceptar esta paz de Dios ni cumplir las condiciones! ¡Oh sal insípida, esto es, oh razonamientos humanos! ¡oh prudencia de la carne! ¿para qué habeis vosotros servido sino para excluir del cielo y para precipitar en las llamas eternas á aquellos que os habrán escuchado? «El que tiene orejas para entender entienda....» Entiéndala su Salvador y medite bien estas grandes verdades.

PETICION Y COLOQUIO.

Si, ¡oh Jesús! mi empeño es ser vuestro discípulo, y cumpliré las condiciones practicando los medios de salud cuya obligación es para mí tan

1. Ad. Heb. c. 1. 5. 12.

general, tan extendida y tan indispensable. Dadme la fuerza para erigir el edificio de la torre evangélica. Ayudadme á vencer al demonio, tirano implacable de mi alma. Fortificadme en este deseo de que me siento mas encendido que nunca, de ser siempre y únicamente de vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CXCIII.

BONDAD DE JESUS PARA CON LOS PECADORES JUSTIFICADA CON TRES PARABOLAS.

Luc. c. XV, v. 1, 7.

PRIMERA PARABOLA DE LA OVEJA PERDIDA.

Consideremos: primero, las murmuraciones de los escribas y de los fariseos. Segundo, en qué manera el pastor busca la oveja perdida. Tercero, cómo el pastor trata la oveja hallada. Cuarto, cómo el pastor manifiesta su alegría por el hallazgo de la oveja perdida.

PUNTO PRIMERO.

Primero. *La ocasion de sus murmuraciones.* «Y andaban acercándose á él los publicanos y los pecadores para oírlo, y los fariseos y los escribas murmuraban....» Jesús sufría que se acercasen á él los pecadores y los publicanos, y aun tambien se dignaba algunas veces de comer con ellos. «Era este por ventura un motivo de excitar murmuraciones?... ¡Oh bondad infinita, á qué os expone vuestro amor para con los pecadores! Pero vos todo lo sufrís; ninguna cosa puede resistir el ardor que tenéis por su salvación. Vos les habláis, los instruíis, los dejáis acercar á vos, los consoláis y les dais testimonio de una benevolencia del todo singular. ¡Ah! ¡quién, pues, me impedirá ir á vos con confianza! ¡Ay de mí! ¿No soy yo pecador? Veisme aquí pues, ¡oh Señor! en vuestra presencia y cerca de vos postrado á vuestros pies. Habladme, ¡oh Dios mío! os escucho con docilidad y firmemente resuelto á amaros y á obederos por todo mi vida.»

Segundo. *La verdadera razon de sus murmuraciones.* «Eran los celos y el odio que tenían contra Jesús.... No eran tanto los pecadores los que ellos tomaban en mira, cuanto Jesucristo, á quien por todos los medios procuraban desacreditar «diciendo, este recibe pecadores y come con ellos.... He aquí cómo estos críticos se hacían de la grandeza de la misericordia de Jesu-

cristo una razon para censurarlo, sublevar todos los espíritus y excitar la pública indignacion contra él.... ¡Afortunados aquellos que sacrificándose enteramente á la salvacion y á la santificación de las almas, experimentan los mismos efectos de los celos y del odio! ¡Cuán respetables nos deben parecer estos hombres, dignos imitadores del Salvador por su celo y por su paciencia! Se merecen ciertamente toda nuestra confianza, y nos haríamos culpables delante del Señor si nos uniésemos á sus enemigos, repitiendo las calumnias con que los van oprimiendo y contribuyendo á deshonrarlos.»

Tercero. *La respuesta de Jesús á sus murmuraciones.* «Y les propuso esta parábola.... Jesús se dignó de responder á las murmuraciones de los fariseos, no tanto para justificar su conducta cuanto para instruirnos á nosotros. Este rasgo de bondad y de caridad verdaderamente divina de Jesucristo, merece todas nuestras reflexiones; ó sea que tenga que responder de cualquiera culpa á sus discípulos, ó que responder á cualquiera de sus preguntas, ó que ratificar las objeciones de sus enemigos, siempre toma ocasion de instruirnos de las mas profundas verdades. Así, confutando aquí las murmuraciones de los fariseos con una parábola, á que añade otras dos, nos descubre toda la ternura de su corazón, inspira la confianza á los mas desesperados pecadores, nos instruye de nuestras obligaciones, y nos manifiesta tambien los secretos del cielo. Meditemos estas divinas parábolas con todo respeto, con toda atencion y con todo el reconocimiento posible.»

PUNTO II.

«¿Quién entre vosotros es el hombre que teniendo cien ovejas, y si perdiese una de ellas no deja en el desierto las otras noventa y nueve, y va á buscar aquella que se ha perdido, hasta tanto que la encuentre....»

Primero. *El pastor busca prontamente la oveja perdida.* Este pastor tenía cien ovejas; atento á su rebaño, luego que una oveja se pierde y no va ya con las otras, en aquel momento mismo lo advierte y se va á buscarla.... Nosotros nos abandonamos á Jesucristo para entregarnos al pecado, sin que él luego lo advierta y se duela su corazón. No tarda un momento en buscarnos. El remordimiento que sigue al pecado, es el primer paso que da hacia nosotros este buen pastor; él es su voz que así nos llama. Vienen después los temores, el espanto, los disgustos, el deseo de salir de un estado tan miserable y peligroso.... Representemos aquí á nuestra mente todo lo que hemos experimentado nosotros mismos en

estas circunstancias; traigámonos á la memoria las exquisitas diligencias que ha hecho para conducirnos otra vez á él, y no cesemos de agradecerle y darle infinitas gracias.

Segundo. *El pastor busca con preferencia la oveja perdida.* El pastor que advierte faltarle una oveja, deja apacentarse las otras noventa y nueve en los pastos del desierto donde las ha conducido y va á buscar la huida. Esta conducta tan digna de alabanza justificaba la de Jesús cuando hubiese sido verdad que él hubiese empleado mas tiempo en volver á sí los pecadores que instruir los justos. Ella justifica tambien el celo iluminado de los pastores y de los lectores de las almas que en concurrencia de los justos y de un pecador, dan la preferencia á este, estiman mas privarse de la tranquilidad y consolacion que gustarian tratando almas justas y darse á los trabajos, á las fatigas, á las penas y á los disgustos que se sufren en atender á la conversion de un alma que va descominada con la esperanza de ponerla otra vez en el camino derecho.... Esta parábola aplicada á la gracia de Jesucristo, no se refiere ya para darnos á entender que Jesucristo abandone los justos por buscar los pecadores, sino solo para hacernos comprender con qué ardor, con qué caridad viene á buscarnos hasta en nuestros mayores desórdenes.

Tercero. *Finalmente, el pastor busca la oveja perdida constantemente hasta que la halla.* Sin esta constancia, ¡oh divino Pastor de mi alma! sin esta perseverancia en buscarme, ¡ay de mí! ¿dónde estaria yo ya? ¿Cuántas veces he rechazado y desechado vuestra voz como importuna? ¿cuántas veces he huido en presencia vuestra para echarme fuera de las diligencias que haciais para buscarme, por vivir en mi extravío, en la perdicion? Pero nada ha sido bastante para hacerlos desistir de la empresa; finalmente, habeis vencido mi resistencia, me habeis hallado, vuestro soy. ¡Ay! si alguno se pierde, la culpa está en obstinarse en querer huir y perseverar en su obstinacion hasta la muerte.

PUNTO III.

CÓMO TRATE EL PASTOR LA OVEJA HALLADA.

Lo primero. *La trata con dulzura.* No se irrita contra ella, no la maltrata ni se lamenta un punto de la pena que le ha costado.... Desde que un pecador deja las armas, se rinde y forma la resolucion de volver á Dios, cesan las represiones, callan los remordimientos, la conciencia ya no habla sino para consolarlo y animarlo; se espaca en el corazón una paz secreta é íntima, y le advierte que es un Dios aquel á quien vuelve y que no habria debido abandonar jamás.